

Editorial

Alvaro Rubio Salas

Cada vez que el Rector participa en el acto de Imposición del Escudo de la Institución a los estudiantes de último semestre, la reflexión final que les hace como maestro adquiere la categoría de la lección última que reciben en la Escuela.

Y es curioso que en estas despedidas los Rectores de las Universidades bajen de su pedestal formal y dejen la solemnidad doctoral para tornarse en padres afectuosos que aconsejan a sus hijos, preparándoles el bagaje de preveniciones y recomendaciones, para la marcha por el proceloso camino que inician al dejar sus lares académicos y se adentran en un mundo que será testigo de su capacidad y habilidades profesionales.

Dejamos la ciencia y la técnica a un lado y les recordamos el valor de las virtudes y les aconsejamos e instamos a que sean fuertes en la adversidad, persistentes en sus empeños, audaces en sus metas y por encima de todo, honestos consigo y con su prójimo.

No hay palabras para las matemáticas o para la economía y el filósofo que tenemos todos dentro de sí, aflora para especular sobre lo trascendental del ser y su misión terrena.

Por qué dejamos para la hora de nona este quehacer reflexivo que debe ser pan de cada día en la vida de las aulas?

Será que creemos que quienes pisan la Universidad tienen ya estructurada su mente, formado su carácter y definida su personalidad?

Será que sólo nos importa impulsarlos por las pistas científicas hacia el vellocino de oro de la libre empresa y la independencia económica?

Imperceptiblemente, emerge en nosotros la urgencia de mirar hacia el hombre, hacia lo que él representa como persona —concepto bien distinto de factor de producción o motor de desarrollo empresarial— y nos encontramos con la necesidad que tiene de realizarse plenamente en su interior espiritual.

No es entonces raro que nos volvamos padres y queramos armarlos de valor en su ánimo, dotarlos de instrumentos de navegación mundana —casi diría humana— y darles por compañía al ángel de Tobías.

Es que estamos volviendo, lenta pero inexorablemente, al reino del hombre y de sus valores. Paradójicamente la máquina que lo había desplazado en una sociedad de economía a escala, altamente productiva y consumidora, que aspiraba a sustituirlo dentro del concepto científico de la "inteligencia artificial", debe inclinarse ante el hecho contundente de que para el cerebro humano, aposento del alma y el raciocinio no hay sustituto. Sólo la gente puede convertir el conocimiento en pensamientos y éstos en acciones y éstas en resultados.

Acojamos este retorno del y al humanismo. Démosle base humana a los negocios y a las empresas porque si miramos bien al fondo de las cosas, lo que el hombre necesita es saber administrar sus facultades interiores y diseñar su propia tecnología espiritual.

Lo demás vendrá por añadidura.

